

# ÍNDICE

- Presentación, *Martín Rodrigo y Alharilla* 7
- I. De la marginación al olvido. Desmemoria histórica de la esclavitud en Madrid, *José Miguel López García* 15
  - II. Las huellas de la esclavitud en Madrid a través de los senadores, siglo XIX, *Lizbeth Chaviano Pérez* 39
  - III. Vestigios materiales de la esclavitud colonial: palacios, residencias y despachos de los comerciantes de esclavos en Barcelona, *Martín Rodrigo y Alharilla* 63
  - IV. Legado y memoria de la esclavitud en Sitges. Cultura, inversiones y olvido en la costa catalana de poniente, *Adrià Enríquez Álvaro* 97
  - V. Memoria de la esclavitud en la costa catalana de poniente: el caso de Vilanova i la Geltrú, *Eduard Rama Corredor y Mònica Álvarez Calderón* 125
  - VI. Esclavistas y esclavos en la Torredembarra indiana, *Josep Bargalló Valls* 151
  - VII. El legado de la casa de comercio de Vicente María de la Portilla, *María del Carmen Cózar Navarro* 177
  - VIII. Los legados de la esclavitud en Cádiz: el patrimonio inmobiliario de los hermanos Abarzuza en el siglo XIX, *María Vázquez Fariñas* 197
  - IX. El patrimonio inmueble de los protagonistas de la trata negrera en el Cádiz decimonónico, *Lydia Pastrana Jiménez* 227



- X. La esclavitud negra en Baleares y la participación balear en la trata negrera ilegal, *Andreu Seguí Beltrán* 241
  - XI. La no-memoria de un pasado inexistente por no buscado: en los orígenes de la leyenda de un País Vasco libre de esclavitud (que no de esclavistas), *Oscar Álvarez Gila* 265
  - XII. Museos marítimos europeos y esclavitud, ¿memoria u olvido deliberado? Barcelona, Londres (Greenwich), Lisboa (Bélem) y Flensburg, *Ulrike Schmieder* 283
  - XIII. Reparaciones por la esclavitud: debate internacional y reflexiones sobre el caso español, *David Pretel O'Sullivan* 317
- Sobre los autores 339





## PRESENTACIÓN

Martín Rodrigo y Alharilla

No cabe duda de que el tráfico transatlántico de africanos esclavizados es uno de los grandes temas de la historia global. Lo es por diferentes razones. Porque implica, por un lado, a tres continentes distintos: África, América y Europa. Lo es también por su larga duración: fueron 350 años ininterrumpidos de viajes directos entre África y América, transportando cautivos. Y lo es, por último y sobre todo, por su notable impacto demográfico. Un impacto registrado tanto en las sociedades africanas (hablamos del principal flujo de la llamada, por los historiadores africanistas, «diáspora africana») como en las sociedades americanas (hasta la configuración de diversos mundos afroamericanos). Baste recordar, en el plano demográfico, las cifras aportadas hace años por el historiador Patrick Manning, quien llegó a la conclusión de que, para 1850, la población del continente africano alcanzaba solamente la mitad del volumen que habría alcanzado sin la trata. Está claro que una actividad que implica, a largo plazo, la pérdida de la mitad de la población de un continente tuvo unos efectos devastadores para ese mismo continente. Unos asoladores efectos confirmados, por cierto, en el plano económico y en tiempos más recientes, por el prestigioso profesor de Harvard University, Nathan Nunn.

Los cálculos más actualizados (y los más conservadores, también) hablan de, al menos, 12,5 millones de cautivos africanos (hombres, mujeres, niñas y niños), que fueron embarcados contra su voluntad en algún punto del continente africano para ser vendidos como esclavos en el Nuevo Mundo. Más aún, Marcus Rediker ha apuntado que, probablemente, otros dos millones de africanos más murieron por efecto directo del tráfico de esclavos (en el momento de ser capturados, mientras eran conducidos por tierra hasta las factorías en la costa, mientras aguardaban su forzado embarque en dichas factorías o en el preciso momento de ser embarcados). Estamos, como digo, en presencia de un fenómeno notable tanto para la historia del mundo Atlántico como para la historia global de la humanidad.





Aunque los dos continentes envueltos, de forma más directa, en el tráfico atlántico de esclavos fueron África y América, el continente europeo tuvo asimismo una participación destacada en la trata atlántica. Armadores y comerciantes de diferentes países europeos (Gran Bretaña, Francia, Países Bajos, Dinamarca, Suecia...) fueron activos partícipes en la trata. Y también lo fueron, de hecho, muchos hombres de mar o de negocios españoles. España, fue, sin duda, uno de los grandes actores en el tráfico transatlántico de africanos esclavizados. En atención a los cálculos propuestos por Alex Borucki, David Eltis y David Wheat, entre 1525 y 1867 llegaron a los dominios españoles en América un total de 2.072.300 cautivos africanos. Eso coloca a España como el segundo actor más importante en la trata atlántica, solo superado por Brasil (adonde llegaron 4.703.000 africanos), aunque algo por encima del Caribe británico (2.051.800) y bastante por encima del Caribe francés (1.101.200), de los Estados Unidos (388.700), del Caribe holandés (328.800) y de las islas danesas en el Caribe (61.200). Los tres autores señalan, además, que 1.026.100 de aquellos cautivos africanos fueron embarcados en buques de pabellón español. Dicho en otras palabras, España no fue tan solo un actor relevante porque más de dos millones de africanos fueran esclavizados en sus dominios americanos sino también porque un 10 por ciento de todos los cautivos africanos que sufrieron, entre los siglos XVI y XIX, la trata atlántica lo hicieron en buques españoles.

La implicación, por cierto, de los buques mercantes de bandera española en la trata africana aumentó notablemente en su última fase, es decir, a partir de 1821. Estamos hablando del momento en que el tráfico de esclavos en el Atlántico se había convertido en una actividad ilegal, tanto por la legislación española como por la de la mayor parte de los países implicados (Gran Bretaña, Estados Unidos, Países Bajos, Dinamarca...). Según Borucki, Eltis y Wheat, entre 1821 y 1867 arribaron al continente americano un total de 1.898.600 africanos. Pues bien, el 30 por ciento de aquellos cautivos (563.100) se transportaron en buques armados por comerciantes españoles. Se mire como se mire, España fue un actor histórico relevante tanto en relación con el tráfico atlántico de esclavos como en relación a la esclavitud colonial, en sus dominios americanos.

Ahora bien, si algo singulariza a España (en comparación con otros países europeos como Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos, o americanos, como los Estados Unidos) es la práctica ausencia de una memoria pública y colectiva sobre esa destacada participación española en el comercio de esclavos y en la esclavitud colonial. La relevancia histórica del





fenómeno contrasta, por ejemplo, con su ausencia en los libros de texto; o con su nulo tratamiento en la mayoría de nuestros museos; o con la falta de conmemoración de los días establecidos por la UNESCO o la ONU, en 1997 y en 2007, respectivamente: el Día Internacional en Recuerdo de la Trata de Esclavos y de su Abolición (23 de agosto) o el Día Internacional de Recuerdo de las Víctimas de la Esclavitud y la Trata Transatlántica de Esclavos (25 de marzo). Tampoco hay en España, a diferencia por ejemplo de Francia (con la llamada Ley Taubira, aprobada en 2001), un texto legal que obligue a las instituciones a abordar políticas públicas de memoria, o que establezca instituciones concretas para el estudio de la trata y de la esclavitud, así como para la difusión y divulgación del conocimiento adquirido (como el Centre International des Recherches sur les Esclavages et Post-esclavages o la Fondation pour la Mémoire de l'Esclavage, en Francia).

Si una palabra define la relación de la España actual con su pasado esclavista es OLVIDO. Un olvido que contrasta, además, con la sensible mejora en el conocimiento de ese mismo pasado que se ha venido produciendo en los últimos años. En tiempos recientes, de hecho, diversos historiadores hemos centrado una parte de nuestra labor investigadora en el estudio de la trata o de la esclavitud, en sus diferentes dimensiones, y en diversas cronologías y territorios. Esos nuevos análisis han permitido la publicación de numerosos artículos y libros, gracias a los cuales cualquier lector interesado puede también conocer mejor el fenómeno. Algunos de esos historiadores a los que hago referencia son (somos) los autores de este libro. Unos y otros hemos querido ofrecer, en esta ocasión, un análisis coral que aporte reflexiones y conocimientos, unidos todos con un denominador común: el estudio de diversos legados materiales vinculados, en el presente, a la institución de la esclavitud y a la participación española en el tráfico de esclavos. Se trata, en todos los casos, de investigaciones originales que ponen de relieve, la presencia de una serie de vestigios o de rastros materiales en la España actual que nos permiten recordar nuestro pasado esclavista.

Olvido, recuerdo y memoria son tres palabras de un mismo campo semántico. Hemos querido, en este caso, que la generación de nuevo conocimiento, a partir de nuestros respectivos trabajos, sirva no solo para conocer mejor el pasado esclavista español sino también para identificar aquellos vestigios materiales que nos remiten al mismo, en la actualidad. Unos rastros materiales que puedan eventualmente servir a modo de lugares de memoria de la esclavitud y la trata, en España. Por esa razón, la primera parte del título del libro reza precisamente «Del olvido a la memoria»: pretenden nuestros trabajos contribuir al necesario abordaje





de un incómodo aspecto de la historia española, y a que se impulsen, también, acciones, tanto desde el ámbito público como desde la sociedad civil, que nos recuerden ese pasado. Vale la pena tener presentes las palabras del actual Secretario General de Naciones Unidas quien ha vuelto recientemente a recordar que «la trata transatlántica de africanos esclavizados» es «un crimen de lesa humanidad», y que como tal debe ser recordado. Un intenso tráfico de cautivos africanos a través del Atlántico que significó una «trata de personas en masa sin precedentes», unas «degradantes transacciones económicas» y unas «inefables violaciones de los derechos humanos».

En términos geográficos, cinco son los territorios que analizamos en el libro: Madrid, Cataluña, Andalucía, las Islas Baleares y el País Vasco. Los dos primeros capítulos, escritos respectivamente por José Miguel López García y por Lizbeth Chaviano Pérez, se ocupan de la presencia de la esclavitud en la Villa y Corte. El primero ofrece, en primer lugar, una buena síntesis de la presencia de la población esclavizada en Madrid, indagando sobre los orígenes étnicos de dichos esclavos así como también sobre la identidad de sus dueños. Y repasa, por otro lado, la que llama «segunda edad de oro de la esclavitud» en la capital española, es decir, aquella que se produjo durante el siglo XVIII. También para aquella centuria, el profesor López García indaga en los orígenes territoriales de los esclavos, en sus precios y en la condición social de los dueños, destacando de manera especial los esclavos del Rey y llegando hasta el reinado de Fernando VII.

Tal y como indica su título, el segundo capítulo revela numerosas huellas de la esclavitud, ubicadas también en Madrid, a partir del análisis de la trayectoria de cinco senadores, todos ellos hombres de negocio enriquecidos gracias a la esclavitud, o la trata, y ennoblecidos por Isabel II o por su hijo, Alfonso XII: los condes de Bagaes y de Vegamar, y los marqueses de Comillas, de Manzanedo y de Vinent. Su autora, Lizbeth Chaviano, no solo identifica sus principales inversiones inmobiliarias en Madrid sino que sintetiza, también, sus vínculos con la esclavitud colonial. Al hacerlo pone de relieve el fenómeno de la inversión inmobiliaria, en la capital española y a mediados del siglo XIX, de unos capitales acumulados, si quiera de forma parcial, gracias a la esclavitud y a la trata.

A los dos capítulos centrados en la capital española le siguen otros cuatro que se ocupan de otras tantas localidades catalanas. Solo el primero de los cuatro (o sea, el tercer capítulo del libro) se centra en la capital, Barcelona, mientras que los tres siguientes se ocupan tres diferentes localidades de la costa catalana de poniente: Sitges, Vilanova i la Geltrú y





Torredembarra. El epígrafe dedicado a la ciudad de Barcelona identifica la ubicación actual de los escritorios, almacenes o casas de comercio, en los que operaron algunos de los más destacados empresarios catalanes implicados en la trata atlántica. Y se localizan, además, los lugares de residencia, o las segundas residencias, en Barcelona de algunos de aquellos mismos comerciantes de esclavos. Tal como apunta su autor, Martín Rodrigo, su objetivo ha sido registrar vestigios materiales que permitan realizar, en un futuro cercano, una nueva guía o recorrido por la Barcelona esclavista que sea más completa que las guías o recorridos actuales.

Le sigue un capítulo dedicado a la localidad de Sitges. Partiendo del flujo, tan intenso como conocido, de suburenses emigrados a América durante el siglo XIX (muchos de los cuales retornaron después a Cataluña para convertirse en indianos), su autor, Adrià Enríquez, se ha preocupado en intentar identificar aquellos que estuvieron implicados en la trata o la esclavitud. Al hacerlo, analiza, con cierto detalle, tres estudios de caso (los Romagosa, los Riera y los Amell) y también ofrece, al acabar, una serie de interesantes reflexiones sobre cómo abordar, en el ámbito local, políticas de memoria en torno al sufrimiento provocado por la trata y por la esclavitud.

Tal y como explican en el quinto capítulo del libro, Eduard Rama y Mònica Álvarez han realizado un reciente, amplio y detallado trabajo sobre *el fenómeno indiano en Vilanova i la Geltrú, Patrimonio cultural y espacio público*. Se trata de un encargo realizado por el ayuntamiento de dicha localidad, en el que sus autores debían también identificar quienes de aquellos indianos habían tenido vínculos con la esclavitud. Su extenso y documentado trabajo les ha permitido ahora, en este libro, ofrecer una destilada síntesis sobre cuáles son los legados patrimoniales de aquellos esclavistas que se conservan en la actualidad en Vilanova i la Geltrú (conocida anteriormente como «La Habana chica»), así como también sobre su presencia en el nomenclátor local. Está claro que sería necesario realizar estudios similares al que han llevado a cabo Rama y Álvarez para conocer mejor los rastros materiales de la esclavitud en otras localidades, catalanas y españolas, especialmente en las ubicadas en las regiones costeras.

Josep Bargalló se ocupa, en el sexto capítulo del libro, de la presencia de esclavistas y esclavos en la costera villa de Torredembarra. Igual que sucedió en otras muchas localidades de la costa catalana, tal que Vilanova i la Geltrú o Sitges, algunas de las cuales han sido bien estudiadas (como Begur, por Lluís Costa), buena parte de los vecinos de Torredembarra emigraron a tierras americanas a fines del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX. El autor





ha identificado a un mínimo de 602 individuos, en su mayoría hombres, nacidos o vecinos de Torredembarra, que emigraron al Nuevo Mundo. Una cifra notable para una localidad que tuvo, en el período estudiado, una media de 2.000 habitantes. A partir de esa realidad, Josep Bargalló se ocupa de explicar las trayectorias vitales de aquellos que se destacaron en el comercio de esclavos (como los Badia, Flaquer o Gatell, entre otros), operando tanto desde Cataluña como desde Cuba. Un particular interés reviste, en este capítulo, la detección de personas esclavizadas, en la misma Torredembarra, hasta bien entrado el siglo XIX. No cabe duda de que si contáramos con análisis tan documentados y detallados como este para otras localidades identificaríamos muchas más personas esclavizadas, también en suelo peninsular.

Los tres capítulos siguientes se ocupan de una misma capital andaluza, la ciudad de Cádiz. Tal y como pusimos de relieve en un libro colectivo editado en 2018 (en el que participamos también algunos de los que escribimos en esta obra), la portuaria ciudad de Cádiz fue el último gran puerto negrero de todo el continente europeo. Por esa razón, los vestigios y legados materiales que recuerdan ese pasado esclavista son numerosos. Y, en este libro, tres historiadoras de Cádiz, las doctoras María del Carmen Cózar Navarro, María Vázquez Fariñas y Lydia Pastrana Jiménez, se ocupan de hacerlos visibles. La profesora Cózar se ocupa, en primer lugar, de analizar la actividad empresarial de uno de los grandes hombres de negocio del Cádiz decimonónico, Vicente María de la Portilla, así como de la firma que se creó, tras su fallecimiento (Viuda de Portilla), desvelando igualmente los vínculos familiares de los Portilla con Manuel Lloret, también comerciante de la trata ilegal, y con Lino Carballo, socio del famoso negrero malagueño asentado en el africano reino de Gallinas, Pedro Blanco, conocido como «el Rothschild de África».

Los hermanos Fernando y José de Abarzuza fueron unos destacados hombres de negocios gaditanos. Nacidos en Cádiz, pasaron toda su juventud y buena parte de su primera madurez vital en La Habana, donde ejercieron como comerciantes negreros. A su regreso a Cádiz, siguieron implicados en la trata africana si bien se desempeñaron, cada vez más, como bodegueros. Lo que hace, en su capítulo, María Vázquez Fariñas es describir y analizar la trayectoria vital y empresarial de los Abarzuza, prestando un especial interés a sus sucesivos domicilios, en Cádiz, como una estrategia para documentar el rastro que dejó su paso por dicha ciudad andaluza.

El tercero de los «capítulos gaditanos» del libro ha sido escrito por Lydia Pastrana, quien se ha ocupado de estudiar las propiedades inmuebles de algunos de los protagonistas de la trata negrera del siglo XIX que







residieron en Cádiz, como Antonio Vinent Vives, los hermanos Francisco y Pedro Ximeno Harmony, Pedro Juan de Zulueta Ceballos y Pedro Martínez Pérez de Terán. Todos ellos residieron en diferentes Casas-Palacio gaditanas, una típica construcción del Cádiz dieciochesco que la doctora Pastrana nos ayuda a conocer de forma didáctica. Su enfoque ha sido, de hecho, eminentemente patrimonial, lo que viene a ser relevante para un libro que pretende no solo identificar sino también documentar los legados materiales de la esclavitud en la España actual.

A los dos capítulos centrados en Madrid, los cuatro sobre Cataluña y los tres sobre Cádiz, le siguen otros dos capítulos enfocados, de forma monográfica, a las islas Baleres (el primero) y al País Vasco (el segundo). El autor del trabajo sobre el archipiélago balear, Andreu Seguí Beltrán, ha intentado documentar tanto la presencia de esclavitud negra en las Islas como la participación de la población balear en la trata ilegal, así como los debates entre abolicionistas y antiabolicionistas. No quiero anticiparme a sus conclusiones si bien cabe señalar que el doctor Seguí apunta que si bien la presencia de población esclavizada de origen africano fue escasa, en el siglo XIX, en las Baleares, no fue tan escasa la participación de hombres de mar y de negocio en la trata ilegal, destacando no solo la conocida implicación de los menorquines Antoni Vinent o Pau Álvarez Sinibel sino también la menos conocida participación de los mallorquines Francesc Pujol, Pere Antoni Gazà y Ramon Pou.

Tal como indica su título, el capítulo escrito por Óscar Álvarez Gila cuestiona una idea aceptada ampliamente a todos los niveles, tanto académicos como populares, de que en el País Vasco no hubo esclavitud. Dicho autor considera más útil el concepto de «no-memoria», que la idea de «desmemoria», porque considera que no se trata de negar un pasado del que se es consciente, pero que resulta indeseable, sino que existe el convencimiento sincero de que, efectivamente, el País Vasco fue, en tiempos de la Edad Moderna, un territorio ajeno a la esclavitud. De qué manera se ha llegado a construir, precisamente, ese mito historiográfico, que ha arraigado profundamente en el imaginario compartido de los vascos, es el objetivo central de su aportación al libro.

A diferencia de los primeros once capítulos del libro, los dos últimos epígrafes no tienen un alcance eminentemente territorial. Ambos representan, eso sí, sendos broches de calidad para una monografía que ha pretendido explícitamente transitar entre la historia y la memoria de la esclavitud y la trata. La profesora Ulrike Schmieder ofrece, por ejemplo, un brillante análisis sobre la representación del comercio de esclavos en





el Museo Marítimo de Barcelona. Lo hace en comparación con la manera que otros tres museos navales o marítimos europeos (situados en Lisboa, Londres y Flensburg) abordan el tema pero también en diálogo con la representación de la trata atlántica llevada a cabo por algunos museos marítimos de Inglaterra. Con una mirada tan acerada y sagaz como crítica, Ulrike Schmieder pone de relieve la necesidad de que nuestros museos ofrezcan una representación que huya de la acrítica celebración de las viejas glorias imperiales o coloniales para incorporar tanto la empatía hacia las personas esclavizadas como su visión como sujetos de su propia historia, como agentes activos, por ejemplo, de la lucha y superación de la esclavitud colonial. Se trata de una aportación que no va a dejar, estoy seguro, a ningún lector indiferente.

David Pretel se ocupa, por su parte, de una cuestión que está muy presente, tanto en el campo académico como en el político, en diferentes espacios nacionales y supranacionales (y, singularmente, en el mundo anglófono), pero que está ausente en el caso español: la cuestión de las reparaciones de la esclavitud. Tal como dicho autor señala, ese debate (que no solo es multifacético sino que no tiene una respuesta fácil) está efectivamente pendiente en España. Después de repasar y resumir la más actualizada bibliografía internacional sobre dicha cuestión, Pretel sugiere que un buen comienzo pasaría por un reconocimiento oficial por parte del Estado español de la participación de nuestro país en la trata negrera y en la esclavitud. Un paso que abriría la puerta a otras formas de reparación, simbólicas o materiales, en la línea que han demandado algunas naciones de América Latina y el Caribe.

De forma clara y directa, los autores de todos los capítulos de este libro están contribuyendo, con sus aportaciones, a que el papel que tuvo España (y que tuvieron los españoles) en relación con la esclavitud y la trata resulte mejor conocido en la actualidad, haciendo que un tema tan relevante como este deje de alojarse en el rincón del olvido para ubicarse en los anaqueles de nuestra memoria, individual y colectiva.

Sabadell y Mont-Ral, 22 de abril de 2022

